

LUIS MUÑOZ G.

RASGOS DE ESTILO EN LA VISIÓN DEL PAISAJE DEL PADRE OVALLE

TODA REFERENCIA crítica a la obra del padre Ovalle, su *Histórica Relación del Reino de Chile*, incide en la consideración de que es el descubridor del paisaje cordillerano de Chile. La afirmación es rotunda y corresponde efectivamente a la realidad. Bastaría revisar las obras de los autores anteriores de nuestra colonia para comprobar la efectividad del aserto.

La obra del padre Ovalle ofrece múltiples aspectos o matices dado su propósito y origen que, como él mismo nos dice, "habiéndome venido del Reino de Chile y hallando en éstos de Europa tan poco conocimiento de él que en muchas partes ni aún sabían su nombre, me hallé obligado a satisfacer el deseo de los que me instaron diera a conocer lo que tan digno era de saberse"¹. Y coherente con este anhelo de dar a conocer su país, usa de diversas materias para abarcar con una total mirada la integridad de la patria evocada. Así, y a pesar de la variedad de asuntos tratados, por la intención del autor, logra unidad y sentido.

En 1941 hace notar don Mariano Latorre y luego en 1945 Solar Correa, que en el título prima el sentido del término *relación* aunque vaya determinada por el adjetivo *histórica*. Latorre nos dice que "este vocablo *relación*... le comunica al libro un sentido novelesco inesperado, una cierta libertad interpretativa, alejada de la simple crónica o de la historia misma". Y luego nos agrega que, debido a esto, "adquiere el libro de Ovalle una característica poemática, donde se respira la tierra chilena y su alma regional. No guía su pluma la disciplina rígida de la cronología. El recuerdo va cobrando, evocado desde Europa, una fuerza telúrica, un vigoroso relieve evocativo"². Y Solar Correa, por su parte, nos dice también que "observemos que en este título la voz sustantiva es *relación* y no historia. Importa

recalcarlo porque, en justicia, no debe mirarse el libro como una producción de dicho género, por lo menos en la acepción estricta de la palabra. La *Histórica Relación* es más bien la obra de un enamorado de su tierra que, henchido de ella, la recuerda desde el extranjero, anhelando transmitir a los demás sus gozosas sensaciones. Y así va describiéndola en todos sus aspectos —el paisaje, las costumbres, los hechos históricos, los productos del suelo— y, como coronación y término, el relato de las actividades evangélicas, pedagógicas y sociales de la Compañía de Jesús, que fue el nervio y el alma de la vida colonial”³.

La realidad es que la obra de Ovalle participa de estos dos valores: como documento histórico y como manifestación estética. Insistiremos, pues, en este último valor, es decir, en lo que tiene de *relación*. Porque sabemos que todo relato es, por una parte, construcción imaginativa de la realidad y que, como ésta, tiene una dimensión temporal; pero además tiene un carácter verbal. El relato es un *decir*. Y decir es siempre decir algo de las cosas, decir lo que son, interpretarlas desde ciertos supuestos. Pues bien, en cuanto relato, encontramos en la obra de Ovalle no sólo una evocación imaginativa de su experiencia de hombre nativo de nuestro país, sino también una interpretación personalísima del paisaje de la cordillera de Chile. Veamos cómo evoca y cómo se expresa el padre Ovalle.

Sabemos por los biógrafos de Ovalle y por el propio testimonio de él que debió cruzar en varias ocasiones el macizo andino. Siempre se cita el primer viaje. Contaba entonces dieciséis años. Y obedeciendo un imperioso llamado de su vocación, debió alejarse de las influencias de su padre para apartarlo de la elección adoptada. También se ha aludido al papel que pudo jugar en esta decisión la poderosa Compañía de Jesús. Nada se puede asegurar concretamente sobre esto. La actitud, el celo religioso, la dedicación al sacrificio del ya jesuita Ovalle, nos revela una íntima y decidida vocación. Fue entonces, pues, cuando tuvo que cruzar por primera vez la cordillera. No sería de extrañar la gran impresión que recibiría de los desfiladeros, las precipitadas corrientes, la luminosidad del cielo, la sutileza del aire, sobre sus sentidos ávidos y abiertos desde el fondo de su maravillado espíritu, exacerbado por las inquietudes y contradictorias emociones producidas por una determinación que le apartaba definitivamente de su familia. Después se renovarían estas impresiones sensorias y quedarán grabadas hondamente como lo va a revelar años más tarde, lejos del suelo patrio, cuando la evocación surja nítida, recreada por la palabra viva en su *Histórica Relación*.

Todo lector moderno al adentrarse en la lectura del libro de

Ovalle, podrá captar los instantes en que la vivencia y el decir se aúnan en una expresión clásica de un paisaje nuevo. Y decimos clásica porque consideramos su estilo dentro de los moldes de los recursos de la lengua de los clásicos españoles de los siglos XVI y XVII; y también vale la denominación clásica por el aporte extraordinario que se abre a la literatura posterior como una veta fecundísima de hallazgos siempre nuevos; y finalmente, por sobre todo, por la fijación imperecedera de este paisaje. No en balde han pasado ya trescientos dieciséis años en que apareció publicada su obra, y hoy la leemos con el mismo interés con que el descubridor nos mostró poéticamente una realidad que nos pertenece.

DE LA FAMOSA CORDILLERA DE CHILE

HEMOS escogido para nuestro análisis algunos fragmentos del Libro Primero, Capítulo v, que trata *De la famosa cordillera de Chile*⁴. Comienza, Ovalle, a describirla maravillosamente, precisando los límites geográficos:

“La cordillera de Chile, que podemos llamar maravilla de la naturaleza, y sin segunda, porque no sé que haya en el mundo cosa que se le parezca, con unos altos montes que corren de norte a sur desde la provincia del Quito y el Nuevo Reino de Granada hasta Chile”⁵.

Notemos ya el tono un tanto ingenuo de expresar su admiración por esta “maravilla de la naturaleza”, que para él no tiene comparación, “sin segunda”. Esta pequeña introducción nos pone en evidencia la vivísima impresión que anida en el ánimo del poeta. Lo que se sigue a continuación son meros datos históricos, cuya fuente él mismo se encarga de precisar. Sin embargo, el mero dato histórico no puede acallar la evocación que fluye intermitentemente en los párrafos posteriores.

PRELUDIOS A LA ASCENSIÓN-MEDITATIVA

Al hablarnos de la altura, que encuentra admirable, nos dice:

“Esta es tan grande, que gastamos tres o cuatro días en la subida a la cumbre más alta y otros tantos en la bajada; esto es hablando de lo que llamamos cordillera, que si tomamos la corrida de más atrás, podemos decir con verdad que comenzamos a subir desde la orilla del mar, que dista hasta su pie más de cuarenta leguas, a cuya causa corren los ríos con tan gran furia, que algunos parecen canales de molinos, particularmente mientras más

vecinos a su nacimiento, y cuando se llega a montar lo último y más empinado de la punta, experimentamos un aire tan sutil y delicado que apenas, y con dificultad, basta para la respiración, lo cual obliga a respirar más apriesa y con más fuerzas, abriendo la boca más de ordinario, como quien va asesando, y aplicamos a ella los pañizuelos, o para dar más cuerpo al aire, o para templar su demasiada frialdad y proporcionarle al temperamento que pide el corazón para no ahogarse; así lo he experimentado todas las veces que he pasado esta altísima sierra"⁶.

Advirtamos que el relato se hace en primera persona del plural y en presente evocativo; 'gastamos', 'comenzamos', 'experimentamos', 'aplicamos'. En el contexto del capítulo señalado significa un cambio de tono, un cambio psicológico del sujeto que relata; cambio que corresponde a su propia experiencia transmutada en una visión poética, que reafirma al término del párrafo citado con la expresión en primera persona: "Así lo he experimentado todas las veces que he pasado esta altísima sierra".

En relación con los fragmentos sucesivos que citaremos, constituye éste lo que hemos llamado *preludios a la ascensión-meditativa*, puesto que se inicia con unas consideraciones generales de la dificultad que importa la subida. Reparemos en la certera imagen de la angostura de nuestro territorio al decir que "comenzamos a subir desde la orilla del mar". Desde este instante nuestro jesuita está haciendo el trayecto en su interior, aquella subida, aquel viaje, que sus sentidos armoniosamente coordinados le habían transmitido a su refinado espíritu.

EN LA CIMA LUMINOSA

Ya en lo alto nos dice en la misma forma como nos ha anunciado la ascensión:

"Vamos por aquellos montes pisando nubes, y los que tal vez andando por la tierra la vemos sin que se atravesase cosa que nos impida su vista y levantado los ojos al cielo, no le vemos por impedirle las nubes de que está cubierto; al contrario, hallándonos en esta altura se nos cubre la tierra, sin que podamos divisarla y se nos muestra el cielo despejado y hermoso, el sol claro y resplandeciente, sin estorbo ninguno que nos impida la vista de su luz y belleza"⁷.

Notemos que el padre Ovalle se ha adentrado vivamente en el recuerdo y allí se ve él mismo, por lo que tiene que usar el *nos* como coordinador de sus dos instantes vertidos en un presente inamovible: 'vamos' y 'vemos'. Allí se abre a la contemplación revertida en frases

de una plasticidad rítmica y visual propias de un Garcilaso, un San Juan o un Fray Luis. Sobre las nubes "se nos muestra el cielo despejado y hermoso, el sol claro y resplandeciente". Pero antes de llegar a ese cielo, el padre Ovalle, no ha podido alejar la meditación evocativa del que mirando desde abajo le impiden la vista las mismas nubes sobre que camina. Sólo entonces se extiende el remanso luminoso, con la morosidad del que arrobado deja que la luz lo penetre. Esta morosidad está lograda por un recurso propio de la lengua a partir de los poetas clásicos españoles. Se trata de la doble adjetivación y de la duplicidad de frases semejantes, que a la vez que detiene la atención en el objeto determinado se perfila más claramente su cualidad esencial. Así las frases de Ovalle: "el cielo *despejado y hermoso*, el sol *claro y resplandeciente*, sin estorbo ninguno que nos impida la vista *de su luz y belleza*". El sustantivo 'cielo' está determinado por dos adjetivos 'despejado' y 'hermoso'; y lugeo la otra parte del sintagma; el sustantivo 'sol', a su vez, está determinado también por dos adjetivos, 'claro' y 'resplandeciente'. La simetría de la construcción le da al período una sensación de equilibrio y reposo. Lo mismo ocurre con la frase final que hemos subrayado: "la vista *de su luz y belleza*".

PRIMERA VARIACIÓN AMPLIFICADA DE LA CIMA LUMINOSA

Pero la contemplación sigue siempre en el plano de la luz y sus variaciones:

"El arco iris que se ve desde la tierra atravesar el cielo, le vemos desde estas cumbres tendido por el suelo, escabelo de nuestros pies, cuando los que están en él, le contemplan sobre sus cabezas; ni es menos de maravillar que vamos pisando aquella peñas enjutas y secas al mismo tiempo que estaba contemplando desde lejos tempestades deshechas y copiosos aguaceros en la profundidad de los valles y quebradas; levantado los ojos al cielo, admiraba la serenidad que en todo él se veía, sin una nube que turbase el aire, ni pudiese impedir su hermosa vista"⁸.

En este párrafo, el padre Ovalle, ha procedido de la misma manera que en el anterior. Lo que viene a ser una *primera variación amplificada* de lo que habíamos llamado la *cima luminosa*. El arco iris no es ya la luz pura, sino su descomposición espectral, también desde la altura se ve "tendido por el suelo"; y los que están en la tierra-suelo "le contemplan sobre sus cabezas". Y en seguida, como un estribillo, insiste "ni es menos de maravillar que *vamos pisando* aquellas peñas *enjutas y secas*". Subrayemos la expresión 'vamos pi-

sando' que nos trae a la mente la expresión similar del párrafo anterior, sólo que ya no son nubes, sino "peñas enjutas y secas", y el sintagma, en idéntica disposición, se distiende blandamente, al paso del que camina apenas deteniéndose en la contemplación. Peñas y nubes juntas, mientras ésta "se desgaja... de agua y inundan la tierra, como lo he visto muchas veces que tendiendo la vista hacia abajo, miraba que llovía con gran fuerza". Nuevamente el padre Ovalle siente la necesidad de reafirmar lo dicho con su propia experiencia y recurre, tal vez inconscientemente, al uso de la primera persona en singular. La dualidad anímica en el instante en que escribe, anegado por el recuerdo, se desajusta en esa armonía del *nos* que hemos anotado anteriormente. Pero ya no dejará la primera persona y sigue, retomando el hilo de su relato: "y al mismo tiempo que estaba contemplando desde lejos tempestades deshechas y copiosos aguaceros en la profundidad de los valles y quebradas; levantando los ojos al cielo, admiraba la serenidad que en todo él se veía, sin una nube que turbase el aire, ni pudiese impedir su hermosa vista". Vuelve también a remansarse la expresión por la duplicidad de frases semejantes '*tempestades deshechas y copiosos aguaceros en la profundidad de los valles y quebradas*'. Y así, después de esta mirada en derredor y hacia abajo, vuelve la vista hacia arriba: "levantando los ojos al cielo, admiraba la serenidad que en todo él se veía, sin una nube que turbase el aire ni impidiese su hermosa vista". Sobre la conmoción y variedad de los fenómenos naturales que pueden observarse desde esa altura, se abre la luminosidad del cielo sereno que transparenta el aire dispuesta el alma al vuelo. Cómo no recordar los versos de Fray Luis: "El aire se serena / y viste de hermosura y luz no usada" de su oda *A Francisco Salinas*.

He aquí, pues, tres fragmentos que forman una gradación en el ascender por lo evocado a la región cuya pureza y serenidad le hacían recordar, tal vez, otro tipo de ascensión de más vuelo y a que aspiró sin duda el padre Ovalle. No sería difícil interpretar esta ascensión a los montes cordilleranos en un sentido simbólico de la escala mística dada la insistencia en los elementos lumínicos en contraste con los elementos que por su significación misma aluden al terreno límite. Pero no nos engañemos. Si bien podemos apreciar una unidad en estos fragmentos que hemos escogido no los podemos considerar aislados de su contexto, a pesar, repetimos, de que podamos considerarlos independientemente por la emoción vital y estética que los sostiene. Además, el padre Ovalle era un visual extraordinario y las variaciones lumínicas debían atraerle poderosamente. El lector podrá

comprobarlo en la reiteración del uso del verbo ver y de su sustantivo vista⁹.

Hay que recordar, llegando a este punto, que el tríptico señalado termina en una intensidad climática dada por el uso de la primera persona en singular, sostenida en el párrafo final.

LO MÁS ALTO DE LA CUMBRE

La relación sigue derivando en una anticlimax nostálgico, por la imposibilidad de seguir subiendo a la cumbre más alta, donde se borra todo límite:

“Háce lo segundo admirable esta cordillera la inmensa nieve que cae sobre ella en el invierno, la cual es tanta, que con ser estos montes tan altos y tan dilatados y tener su diámetro cuarenta leguas, no queda en todos ellos parte ninguna que no se cubra de ella, levantándose en algunas partes muchas lanzas en alto; no sé lo que pasa en lo más alto de la cumbre que más propiamente llamamos cordillera, porque como ésta se encima tanto, que se juzga pasar la esfera de la media rejión del aire, podrá ser que su punta sola quede como corona descubierta (a lo menos cuando yo la he pasado, que ha sido algunas veces al principio del verano, así la he visto, sin topar en ella una migaja de nieve, cuando poco más abajo, a la subida y bajada, encontraba tanta que atollaban y caían las cabalgaduras sin poder pasar adelante) ”¹⁰.

No podía el padre Ovalle hablarnos de la cordillera sin mencionar la nieve. La ingenuidad que puede desprenderse de las primeras líneas de esta cita, es más bien producto del asombro que experimenta. De aquí que pronto irrumpa en esa expresión cargada de nostalgia, pues la ascensión no se ha completado sino con la vista: “no sé lo que pasa en lo más alto de la cumbre que más propiamente llamamos cordillera, porque ésta se encima tanto, que se juzga pasar la esfera de la media región del aire, podrá ser que su punta sola quede como corona descubierta”. No cabe expresión más ajustada y plástica que ésta que nos causa una vivísima impresión de la inmensidad y majestuosidad de nuestra cordillera.

VARIACIÓN FINAL DE LA CIMA LUMINOSA

Pero una vez más se siente arrebatado por el recuerdo y en una *variación final* del párrafo tercero, nos resume su visión totalizadora con una destreza pictórica de los más puros rasgos renacentistas:

“Pero lo que he visto muchas veces es que cuando después de algún buen aguacero, que suele durar dos y tres y más días, se descubre esta cordillera (porque todo el tiempo que dura el agua está cubierta de nublados) aparece toda blanca desde su pie hasta las puntas de los primeros y anteriores montes que están delante y causa una hermosísima vista, porque es el aire de aquel cielo tan puro y limpio, que pasado el temporal, aunque sea en lo más riguroso del invierno, lo despeja de manera que no parece en él una nube, ni se ve en muchos días, y entonces, rayando el sol en aquella inmensidad de nieves y en aquellas empinadas laderas y blancos costados y cuchillas de tan dilatadas sierras, hacen una vista que aun a los que nacemos allí y estamos acostumbrados a ella, nos admira y da motivos de alabanzas al Criador, que tal belleza pudo criar”¹¹.

El blancor de la nieve, la pureza del aire, la luminosidad del cielo alumbrado por un sol resplandeciente, son los elementos que más sobresalen en esta descripción paisajística. Fijémonos que es la visión de una cordillera despejada la que más atractivos tiene para el padre Ovalle. Sin embargo, no deja de hacer mención a las borrascas y temporales. Pero es siempre el paso de la oscuridad a la luz —“el aire de aquel cielo tan puro y limpio, que pasado el temporal, aunque sea en lo más riguroso del invierno, lo despeja de manera que no parece en él una nube, ni se ve en muchos días”— lo que destaca principalmente. El aire sutil y delicado que percibiría no sólo con la respiración sino que también con el tacto.

El último párrafo de este fragmento es admirable por la composición de sus elementos. Despejado el cielo por el aire que se serena y transparenta, intensificando el instante con el adverbio ‘entonces’ precedido por la conjunción ilativa ‘y’, el panorama maravilloso se despliega hasta desembocar en la plegaria: “rayando el sol en aquella inmensidad de nieves y en aquellas empinadas laderas y blancos costados y cuchillas de tan dilatadas sierras, hacen una vista que aun a los que nacemos allí y estamos acostumbrados a ella nos admira y da motivos de alabanzas al Criador, que tal belleza pudo criar”. Ahora bien, si atendemos a su construcción sintáctica, veremos que —‘inmensidad de nieves’, ‘y en aquellas empinadas laderas’, ‘y blancos costados’— son una serie de frases engarzadas unas tras otras apresurando el ritmo por la supresión del adjetivo demostrativo hasta llegar a la imagen final que nos da la sensación del despliegue de los rayos solares perfilando las “cuchillas de tan dilatadas sierras”.

Hemos dicho que hay una progresión en el ritmo de este último párrafo, y ello debido a la supresión del adjetivo demostrativo. Pues bien, este acelerar concuerda plenamente con la irradiación de la luz solar; pero si hay velocidad por una parte; de otra, hay una dilata-

ción producida por la reiteración de la conjunción "y", además del predominio de las vocales abiertas y acentuadas.

Se cierra este maravilloso cuadro cordillerano, traspasado de luz, con una vuelta al hilo del narrador pluralizado: "hace una vista que aún a los que *nacemos* allí y *estamos* acostumbrados a ella, *nos* admira y da motivos de alabanzas al Criador, que tal belleza pudo criar". Es el equilibrio de los dos sujetos que se da nuevamente: el que hizo tantas veces el viaje a través de la cordillera a lomo de mula o a pie, el que grabó con los ojos de la cara en su espíritu la majestuosidad blanca; y el que evocando lo que quedó en su espíritu lo eternizó en un presente evocativo —'nacemos' y 'estamos'—, en la relación, en el decir poético.

Las páginas que hemos analizado son tal vez la mejor muestra del talento poético del padre Ovalle. Muchos otros párrafos podríamos entresacar de su obra, en que nos habla de las fuentes, de los ríos y arroyos de la cordillera; de las costas y puertos de nuestro mar; de las aves, animales y flora; del cielo y de las estrellas de estas regiones. Pero su más certera visión ha sido ésta, la del paisaje cordillerano.

NOTAS

¹Alonso de Ovalle: *Histórica Relación del Reyno de Chile*. Reimpreso con una Introducción biográfica y algunas notas por J. T. Medina. Tomo. En Roma, por Francisco Cauallo, D. DC. XLVI. Pág. xxxv.

²Mariano Latorre: *La Literatura de Chile*. Buenos Aires, 1941. Pág. 46.

³Eduardo Solar Correa: *Semblanzas literarias de la Colonia*. Santiago. Editorial Difusión Chilena S. A. Colección "Letras Chilenas", 1945. Pág. 98.

⁴Para las citas de textos hemos seguido la edición reimpresa por D. J. T. Medina, modificando la acen-

tuación al uso actual.

⁵Op. Cit. Pág. 21.

⁶Ibid. Pág. 23.

⁷Ibid. Pág. 24.

⁸Ibid. Pág. 24.

⁹Un detenido análisis de la sensibilidad del padre Ovalle se encuentra en el estudio de Solar Correa citado más arriba. Sostiene también la tesis de que el padre Ovalle fue un místico frustrado por el exuberante espectáculo de la naturaleza. Es decir, que vivió intensamente un conflicto entre sus sentidos y su vocación mística.

¹⁰Op. Cit. Pág. 24.

¹¹Op. Cit. Págs. 24-25.